



San Juan de Ávila

Queridos hermanos sacerdotes y fieles todos,

La fiesta de San Juan de Ávila, que nos reúne un año más para celebrar a nuestro santo patrón, nos invita a pensar en primer lugar en el amor del Señor Jesús, llevado hasta el extremo en la Última Cena –como anticipo de la redención y de la Pascua. Contemplar y comprender este amor, en la medida seguramente pequeña de nuestra fe, es la indicación primera que nos da siempre Juan de Ávila.

Él, por su parte, insistió en que Jesús nos amó según el corazón y el designio del Padre y, por ello, según nuestro verdadero ser, con lucidez, y sin límite ni reservas. Ningún criterio sólo humano, ningún horizonte terrenal daría razón suficiente de nuestra existencia, de la libertad y el corazón de cada uno. Solo Dios puede hacerlo; nada de este mundo define nuestra persona, nuestra vocación.

Por amor al Padre, a lo que somos a los ojos del Padre, para que su voluntad se cumpliera con respecto a nosotros, según la profundidad de su mirada paterna, Cristo asumió toda la fatiga, el abajamiento, los sufrimientos y la entrega de sí hasta el final; manifestando con ello la verdad de su corazón de Hijo, que recibe y comparte todo su ser, todo su espíritu con el Padre.

De esta unidad en el amor, en la que podemos reconocer al mismo Espíritu Santo, viene nuestra vocación, nuestra verdad personal. Nada menor, ningún amor menor, ninguna otra relación interhumana puede sustituir esta mirada divina, esta caridad primera, principio y fundamento nuestro; al contrario, todo afecto, toda relación está llamada, en realidad, a testimoniarla. Y nosotros, en nuestra persona y vocación, en los gestos de nuestra entrega, amando como el Señor nos amó, somos testigos de este Evangelio, de la obra redentora y salvadora del amor divino.

A la pertenencia y permanencia de cada uno en esta historia, en esta relación de amor nueva introducida por Cristo en el mundo, está destinado específicamente el ministerio sacerdotal. Es un servicio enraizado en la alegría de la fe, en la verdad del propio corazón iluminado por el encuentro con el amor del Señor, y vivido en las fatigas propias de nuestra humanidad, llamado a ser entrega cotidiana y precisamente así caridad verdadera.

Servimos a la memoria del Amor de Dios por cada uno, al anuncio de la vida y la comunión que el Señor Jesús nos ofrece. Es un servicio a la acogida de la revelación divina, de su Palabra hecha carne, irreductible a nuestros esquemas, que renueva las mentes de quien la acoge con docilidad. Somos ministros de la Palabra de Dios, de una Palabra que no es nuestra, que no generamos nosotros, ni por alguna genialidad, ni por un consenso o un acuerdo; sino que es Palabra en la que nos habla otro Amor, otra presencia, Dios mismo. A nadie interesa menos: no la palabra del hombre o mujer que fuera, sino la de Dios; no el pensamiento de otro ser humano, sino el manifestarse del Hijo de Dios en nuestra carne.



Y por eso, los sacerdotes hacemos un servicio peculiar, extraordinario en realidad, en los sacramentos, en la Eucaristía, signo e instrumento de la presencia real de Jesucristo, de este Amor de horizonte diverso, divino, correspondiente al misterio de la persona de cada uno. Presencia sacramental de Cristo: a ello sirve el ministerio del sacerdote, nuestro estar en medio del pueblo.

Solo en la común pertenencia al Señor, a Dios, se genera y se vive una unidad en la que cada persona es ella misma, con su propia vocación, sin que nadie pretenda poder dar razón del misterio del corazón del otro y tener control sobre él. En ella nos descubrimos todos amados, todos llamados, todos redimidos, lavados por la misma sangre y bautizados, todos sentados a la misma mesa, la del Señor –y no la de ningún otro–, la de la Eucaristía.

El sacerdote sirve a esta común pertenencia, edificada sobre la Palabra de Dios y la presencia sacramental del Señor, y donde la caridad –el respeto, el cuidado mutuo– es como la forma íntima de toda la vida, la dinámica propia de la comunión eclesial.

Este horizonte ministerial, encomendado a los apóstoles por Cristo, que quiere que se anuncie el Evangelio y pueda ser vivido en toda la tierra, sigue siendo el de los sucesores de los apóstoles y el de sus colaboradores, los obispos y sacerdotes. Y, como es un horizonte universal, sin más límites que los del designio divino, uniéndonos a todos en una misma fe y un mismo bautismo, en un mismo pan y un mismo cáliz, es también el verdadero horizonte del ministerio papal, del sucesor de Pedro.

Confiados en la intercesión de San Juan de Ávila, pidamos hoy por nuestro nuevo Papa, León XIV. Pidamos por nuestra vocación todos, por nuestros hermanos sacerdotes en el mundo entero.

Pidamos la claridad y la sencillez de la fe, que se adhiere a Jesús, que en Él reconoce el tesoro verdadero de nuestra humanidad; una fe que sea para nosotros consuelo ante la grandeza de su Corazón, audacia porque Él nos da a conocer al Padre y su designio de salvación del mundo, perseverancia y paciencia porque servimos al verdadero Señor, y siempre capacidad de vivir de modo nuevo, por la caridad compartida que recibimos de su gracia y de su Espíritu.



Pidamos ser fieles y permanecer en la tarea verdadera, saber anunciar dignamente la Palabra de Dios –que es una gracia especial e inmensa– y celebrar los misterios de la fe; saber estar al lado y amar de verdad a nuestros hermanos, saber hacer florecer la caridad de muchas maneras, como corresponde a cada uno y a las diferentes circunstancias.

Que el Señor nos conceda ser compañía buena los unos para los otros en nuestra vida sacerdotal, en las alegrías y en las penas. Que proteja con su gracia especialmente al Sucesor de Pedro, a León XIV, que ha asumido un ministerio siempre desproporcionado a las fuerzas humanas.

Y demos gracias a Dios, el Señor, por habernos llamado, por querernos a su lado, por confiarnos lo más valioso de todo –su rebaño, sus hermanos pequeños por los que entregó la vida, su propio Cuerpo y Sangre–, por mantener su fidelidad para con nosotros a lo largo de los años y sostenernos siempre.

Que en todo ello nos ayude la Santísima Virgen María, Madre de los sacerdotes, con la cual queremos cada día proclamar las grandezas del Señor. Que Ella nos conceda tener parte siempre en aquella alegría que llenó su espíritu por la presencia cercana del Salvador; y conservar viva la memoria de aquella mirada divina que enaltecó también nuestra pequeñez y puso nuestra vida al servicio del bien más grande para nuestro pueblo y nuestra tierra, la comunión de vida, caridad y verdad constituida por Cristo como germen muy seguro de esperanza y de salvación para todo el género humano.

Alfonso,
Obispo de Lugo